
Retorno a Atenas

La filosofía da miedo, como da miedo toda confrontación con la verdad. Y la verdad está amenazada por ideas masticadas que domestican el alma y hacen compatible la existencia del hombre con la tiranía.

VÍCTOR GÓMEZ PIN

“... surgieron entonces las disciplinas que no tenían como objetivo ni el ornamentar la vida ni el satisfacer sus necesidades, Y ello aconteció en los lugares donde algunos hombres empezaron a gozar de libertad”.

Aristóteles

Miles de filósofos del mundo entero fueron convocados del 4 al 11 de agosto en la capital griega con motivo del XXIII Congreso Mundial de Filosofía, cuya anterior edición había tenido lugar en 2008 en la capital de Corea del Sur, Seúl, ciudad faro de la economía de mercado. Regreso pues a una Atenas marcada por la penuria y la desmoralización de la disciplina que, al decir de Aristóteles, constituye la expresión mayor de que el hombre, superadas las exigencias propias de la necesidad animal, afrontaría lo específicamente humano. El tema general elegido para esta edición fue “Philosophy as Inquiry and Way of Life”, alusivo a la convicción socrática de que una vida sin criterio es simplemente una vida sin valor. Los organizadores han enfatizado el hecho de que la filosofía tiene un

importante papel a jugar tratándose de los retos a los que hoy se enfrenta la humanidad, empezando por los educativos.

DE SEÚL A ATENAS

Es bien sabido que desde hace años, en razón de los imperativos de la llamada Troika, hay en Grecia fuertes recortes presupuestarios en materia educativa. Los profesores de enseñanza primaria y secundaria asisten impotentes al desmantelamiento del sistema público, mientras proliferan declaraciones en las que el hecho educativo es concebido bajo el prisma exclusivo de forjar ciudadanos susceptibles de abrirse camino en la arena de la competitividad y del libre mercado. La cosa no va mejor en materia sanitaria. Retornan enfermedades consideradas extinguidas, como las provocadas por el llamado virus del Nilo Occidental o la malaria, y se asiste a un recrudecimiento de los casos de sida, desgracia que sirve de pasto para alimentar la inclinación paranoica que busca la causa del mal en el exterior: hace unos meses el partido de extrema derecha Aurora Dorada hacía circular imágenes de inmigrantes víctimas de la enfermedad, y la propia policía griega llegó a publicar la fotografía de una joven de 22 años de nacionalidad rusa en razón de hallarse afectada. En cualquier caso, en las condiciones en las que viven muchas personas, inmigradas o no, constituiría casi un milagro que no fueran diezmados por enfermedades. Quizá no llegue gente a morir de inanición en la Grecia actual, pero hay personas empujadas a vivir en condiciones sanitarias en general, e higiénicas en particular, tan incompatibles con la dignidad de la condición humana como lo es el verse privado de alimentos cuando no hay escasez de los mismos.

Todo ello mientras la posición de Grecia entre los países jerarquizados por el mercado continua deteriorándose, y a finales de junio una empresa que responde a las siglas MSCL, cuyos informes son al parecer atentamente seguidos por gestores de inversión, retiraba el índice bursátil griego de la rúbrica de *países desarrollados*, dando argumentos a los que piden una expulsión de Grecia de la unión monetaria... Pues bien:

El XXIII Congreso Mundial de Filosofía ha conseguido reunir en tal contexto miles de filósofos procedentes de muchísimos países... no de todos, asunto que como veremos constituye precisamente un indicio de la contradicción entre la objetiva situación del mundo y el proyecto mismo de la filosofía, proyecto hoy indisociable de la lucha política contra el dispositivo social que hace imposible una auténtica *paideia*, es decir, una educación que sea efectivo despliegue del conjunto unificado de las potencialidades humanas.

‘PAIDEIA’: FERTILIZAR LAS FACULTADES ESPECÍFICAS DEL ANIMAL HUMANO

El artículo 26 de la Declaración Universal de Derechos Humanos precisa que “la educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad”. Proclama cargada de buenas intenciones, que como tantas otras clama en el desierto en ausencia de condiciones sociales para su efectivo cumplimiento. Con el añadido en este caso concreto de que ni siquiera se toma realmente en serio en qué consiste una educación integral, una educación que garantice el desarrollo efectivo de la personalidad. Pues bien, nada más adecuado al respecto que recordar la tesis platónica según la cual la educación no ha de sustituirse a las capacidades innatas, sino fertilizarlas, ayudar a que se desplieguen las facultades intelectivas y creativas que caracterizan al ser humano entre las demás especies animales. Entre otras cosas, misión de la filosofía es recordar este derecho. De ahí que hace siete años la Conferencia General de la Unesco instituyera el Día Mundial de la Filosofía, invitando a educadores y responsables políticos a otorgar a la filosofía un papel en la formación general de la ciudadanía.

La filosofía tiene emblema en la declaración con la que Aristóteles abre el conjunto de los escritos que lleva el nombre de *Metafísica*, según la cual se da en todos los seres humanos un deseo desinteresado de conocimiento. Afirmación que es corolario de la concepción que tiene el filósofo de Estagira de ese animal singular que es el animal humano, no siendo al respecto ocioso recordar que Aristóteles

fue el primero en estudiar sistemáticamente las características por las que difieren entre ellas las especies animales.

El hombre comparte con otros animales el hecho de hallarse dotado de capacidades sensoriales, memorísticas, etcétera, que le habilitan para adquirir una experiencia del mundo, la cual es un arma frente a vicisitudes y peligros. Y además el hombre tiene en el seno de la animalidad ciertas facultades determinantes de su especificidad, facultades que naturalmente tiende a fortalecer y desplegar mediante ejercicio, al igual que los individuos de otras especies hacen con las que les son propias. El asunto es no equivocarse respecto a estas facultades que caracterizan al hombre en el seno de la animalidad, pues si es frenado en las mismas, el eventual desarrollo de otras, no impedirá que ese animal que es el hombre quede mutilado precisamente en su humanidad, mutilado en su inclinación natural a simbolizar el entorno y hacerlo inteligible: “Todos los humanos, en razón de su propia naturaleza, desean el saber. Indicio de ello es el placer que los sentidos nos procuran; pues incluso cuando su ejercicio no es de utilidad alguna, nos complacemos en que estén operativos, y ello es particularmente cierto tratándose de la vista”.

El animal humano tiende al efectivo conocimiento y la efectiva simbolización, a fin de vivificar sus facultades de razón y de lenguaje, ni más ni menos que como el águila o el caballo tienden a activar sus capacidades innatas para el vuelo o el galope. La tendencia a fertilizar estas capacidades es, en suma, la forma que adopta en nosotros la pulsión de todo animal a realizar plenamente su naturaleza específica, siendo tal tendencia lo que cabalmente recibe el nombre de filosofía, disposición emparentada a la que lleva al arte y a la ciencia, en los que la filosofía reconoce común origen y en los que encuentra fundamental alimento.

LA DISPOSICIÓN FILOSÓFICA COMO UNIVERSAL ANTROPOLÓGICO

Afirmar o negar la universalidad de la filosofía es casi una cuestión de confianza en una común disposición de los seres de razón, disposi-

ción que sería consecuencia de la riqueza esencial del lenguaje, más allá de las diferencias contingentes que separan a pueblos, culturas y civilizaciones. Incluso más allá de la diferencia entre adultos y niños. Afirmar que la disposición filosófica es un universal antropológico implica, en suma, sostener que las interrogaciones fundamentales, que tantos por circunstancias sociales se han visto forzados a repudiar de sus vidas, están al alcance de toda persona tensada por lo desconocido e inquieta sobre su ser y su entorno. La filosofía tiene sus problemas específicos, archivados en los grandes textos de su historia, pero tales problemas son el resultado de que el ser humano ha experimentado siempre una suerte de estupor ante la naturaleza y ante su propia existencia, estupor que le lleva a interrogarse, traduciendo sus vacilaciones y respuestas en conceptos y símbolos, estupor bien reflejado en la actitud de los niños antes de que su vida se extravíe entre querellas evitables y expectativas ilusorias.

Pues, al igual que Descartes, Kant, Heisenberg o Einstein, ¿quién no se ha preguntado alguna vez si hay o no hay una realidad física exterior, que seguirá tras su eventual desaparición y la desaparición de todos los demás humanos, los cuales en apariencia tienen una percepción de tal realidad coincidente con la suya? Los instrumentos para responder en uno u otro sentido a esta pregunta cubren hoy miles y miles de páginas de sesudas revistas filosóficas o científicas y han sido esgrimidos como armas por algunos de los eruditos más importantes. Pero la pregunta sigue siendo elemental y toda persona es susceptible de sentirse interpelada por la misma, hasta el punto quizás de que, si su vida material se lo permitiera, acuciada por tal interrogación, empezaría a dotarse de los elementos de información precisos para abordarla.

CUANDO LA DISPOSICIÓN FILOSÓFICA YA SOLO ES COSA DE OTROS

Si se considera que la disposición filosófica es un universal antropológico, y en consecuencia que sus problemas a todos concierne surge inevitablemente la pregunta: ¿por qué para tantos humanos solo en

la inercia, las costumbres, los hábitos y los elementales placeres a ellos asociados parece tener sentido la vida? ¿Hay en el individuo humano una debilidad intrínseca que le mueve a ceder, a renunciar al esfuerzo que el pensamiento exige, repudiando así su propia condición específica? Frente a esta hipótesis nihilista sostengo que, en realidad, el mecanismo inmediato que hace desaparecer del horizonte del ciudadano, de su ámbito cotidiano de vida, el objetivo de desplegar la potencialidad de pensar y simbolizar tiene raíces sociales contingentes, y empieza muy a menudo en la educación elemental. De todo aquello en lo que pueda jugar un papel la educación, los legisladores tienden a quedarse con la capacidad que proporcionaría para “conseguir ventajas competitivas en el mercado global”, finalidad erigida en máxima explícita en un borrador de texto ministerial. Mas esta concepción de lo que significa educar no es más que la traducción en un dominio particular de las relaciones de fuerzas imperantes en la sociedad, las cuales determinan una ideología sobre lo que la vida social y la función del hombre.

En condiciones materiales en las que la lucha por la subsistencia sigue siendo el primer imperativo, no hay posibilidad de educación general conforme a la exigencia filosófica. Por ello la filosofía tiene efectivamente un carácter militante, en consecuencia con el ideario humanista que ve en cada ser humano un potencial de riqueza espiritual, y denuncia todo aquello que coarta esta potencialidad, empezando por la propaganda según la cual las bases de este horizonte social en el que nos desenvolvemos son tan inevitables como los principios que rigen el orden natural, por lo que sería absurdo luchar contra ellas.

Se trata en última instancia de cuál ha de ser la actitud a adoptar ante el devastador momento para las conquistas sociales que vivimos. Pues cuando las medidas económicas apagan el alma de los ciudadanos, cuando la sumisión a agotadoras jornadas laborales tiene doloroso contrapunto en la ausencia de trabajo (o en el pánico a perderlo) se impone precisamente como exigencia política restaurar la pregunta sobre la esencia de la condición humana y la tarea que

respondería a tal condición. ¿Está el ser humano condenado a pensar que *subsistir* es ya mucho, y en consecuencia condenado a esa tortura a la que para algunos remitiría (por razones más o menos etimológicas) el término mismo *trabajo* o es pensable una sociedad en la que la tarea esencial de todos y cada uno sea aquella en la que se fertilizan las facultades que nos caracterizan como especie entre los seres vivos y animados?

LAS PERDIDAS CAUSAS DE LA FILOSOFÍA...

Y DE LA SALUBRIDAD

Las actividades en las que se despliegan mayormente las facultades específicas del ser humano (la matemática como disciplina teórica, la ciencia en general, el arte y la filosofía) darían comienzo “una vez resuelto lo relativo a la subsistencia y al ornato de la vida” proclama Aristóteles... No es pues extraño que en los congresos mundiales de filosofía hasta ahora celebrados se contaran con los dedos de la mano los participantes provenientes de muchos países africanos, sudamericanos, asiáticos (de pasada: un único filme africano en el último festival de Cannes). Países en los que, antes que abordar los problemas platónicos parece urgente resolver asuntos de alimentación e higiene.

La ONU denuncia cíclicamente los problemas de insalubridad que afectarían al 40% de la población mundial. Dos mil quinientos millones de personas vivirían en carencia de las instalaciones sanitarias más básicas. La organización internacional llamó a centrarse en el problema con motivo del Día Mundial del Agua celebrado el 22 de marzo de 2013. Unos meses atrás la cadena franco-alemana ARTE apelaba directamente a un “día internacional de los sanitarios”, ilustrando su llamada con unas estremecedoras imágenes de personas ancianas buscando furtivamente un lugar para realizar sus necesidades, y de niños chapoteando en un río de excrementos, cuyas aguas ciertamente sino les destruyen les vacunan. Imágenes insoportables, simplemente por propio egoísmo. Pues hay, efectivamente, que ser absolutamente ciego para pensar que ese ser intrín-

secamente social que es el hombre puede alcanzar una realización individual cercado por la indigencia colectiva.

Es bien sabido que esto de la celebración del “día de...” no tiene otro sentido que recordarnos la casi segura imposibilidad de alcanzar aquello que en principio se anuncia como objetivo. Así, unas semanas antes de este recordatorio por ARTE de la importancia en la vida de los hombres de lugares para defecar, se había celebrado el evocado Día Mundial de la Filosofía. Pues bien:

Dada la relación de fuerzas que determina las condiciones de vida y educación de la humanidad, tan perdida parece la causa de la filosofía como la causa de la salubridad. Dejando sentado bien claramente que la primera suena a sarcasmo mientras la segunda esté aun pendiente. Pues cuando la penuria, la insalubridad, el miedo y la esclavitud marcan o amenazan a una gran parte de la humanidad, la otra parte caerá inevitablemente, ya sea de manera encubierta, en una paranoia *securizante* y en la fobia del otro. Así esas ciudades del llamado Tercer Mundo, privadas ya de todo rito compartido por la población en su conjunto, y en las que los barrios míseros del centro tienen contrapunto en urbanizaciones-fortaleza, en el interior de las cuales los habitantes se complacen en un espejismo de vida europea. “Salvar la ciudad” es tanto un objetivo de la filosofía como “salvar los fenómenos”. Por eso reitero que la primera exigencia para quien se propone la defensa de la filosofía, y en general de las tareas del espíritu, es contribuir a acabar con este orden de cosas en el que fallan los cimientos mismos de construcción de lo humano.

FILOSOFÍA... PARA QUE LAS CADENAS NO RESULTEN SOPORTABLES

Y sin embargo se ha hecho filosofía en campos de concentración, como se ha hecho música y se han descubierto teoremas. Quiero con ello indicar que la praxis está siempre al alcance de la mano. Pues una cosa es la vana esperanza de que el pensamiento nos hará reyes pese a las cadenas, y otra muy diferente la tensión por mantener vivo el pensamiento, y en general las facultades que singularizan

al humano, precisamente para que las cadenas sigan resultando insoportables. Ahí está el asunto: la filosofía es una guerra contra la estulticia, porque la estulticia hace soportable lo que es contrario a la dignidad humana. Por eso la actividad filosófica, teórica por excelencia, es ya en sí misma una praxis. Cada vez que simplemente renace el proyecto se ha ganado una pequeña batalla y se ha abierto un horizonte a la causa. Supongamos que una persona acuciada por un trabajo carente de sentido y que casi cubre las horas del día no dedicadas al sueño, vislumbra la posibilidad de una confrontación que le permitiría arrancar un par de horas a los capataces de la máquina mutiladora de su vida. Si esta perspectiva se acompaña de la firme disposición a que las horas eventualmente conseguidas no sean en él ocasión de embrutecedor ocio, sino oxígeno para la exigencia que lleva a la lucha, entonces está ya en sí mismo anteponiendo el objetivo del espíritu a toda otra consideración. Está haciendo de la libertad la causa y así contribuyendo a la misma. Pues la libertad, como el mundo para ciertos teólogos, no se alcanza en lo instantáneo de “un pistoletazo”, sino en la continuidad de una permanente creación. Sí, de alguna manera la lucha por la libertad confiere ya libertad, como la lucha por alcanzar la intelección matemática hace ya al ser humano matemático, y en general la lucha por reducir el símbolo que se resiste recrea la condición de ser simbólico, es decir de ser propiamente humano. Afirmaciones con las cuales no hago sino evocar las palabras de Aristóteles: la *orexis*, la tendencia, a *eidenai* es lo propio de la especie humana. ¿*Eidenai*? Activar la capacidad de idear, la capacidad de subsumir bajo conceptos. Y tal activación se da aunque lo que se busca sea promesa una y otra vez diferida, pues de hecho la filosofía ha sido caracterizada por Aristóteles como ciencia *buscada...* tan intrínsecamente buscada como lo es la libertad, hasta el extremo que renunciar a la una equivale posiblemente a renunciar a la otra. En esta no subordinación a otra cosa que a su propia esencia, en este rechazo de toda alienación, consiste la libertad del hombre, aquello sin lo cual simplemente no hay efectiva humanidad, suponiendo incluso una amenaza para el propio orden natural.

¿La filosofía da miedo? Obviamente, como da miedo toda confrontación con la verdad. Y la verdad ahora está amenazada por un conjunto poderosísimo de ideas masticadas, que domestican el alma hasta la reducción y hacen compatible la existencia (ciertamente pasiva y sumisa cuando no alcahuete) de los hombres con la tiranía.

¿Qué hubiera hoy denunciado Sócrates? Desde luego los cantos a una libertad que sería compatible con una vida en genuflexión, el encubrimiento de esta situación objetiva con creencias edulcorantes de nuestra condición, la pusilanimidad de espíritu que hace negar la contradictoria verdad de la dialéctica social en nuestro mundo. Hubiera, en suma, denunciado tanto la alienación objetiva como la inclinación subjetiva a encubrir la con falsas querellas, de tal manera que la miseria se reserva para los sueños en los que “sapos reales pueblan el jardín imaginario”. Pues es sabido que donde no hay asunción florecen los síntomas y desde luego síntomas radicales son en Europa la proliferación de discursos que anatematizan al otro, evitando así enfrentarse con entereza a las causas objetivas de la indigencia espiritual y material.



VÍCTOR GÓMEZ PIN ES CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA. AUTOR DE UNA TREINTENA DE LIBROS, ENTRE ELLOS *FILOSOFÍA: INTERROGACIONES QUE A TODOS CONCIERNEN*.